

¿cómo se puede concebir una Argentina sin ellos? Y de los venezolanos, colocar a Simón Bolívar al lado de Francisco de Miranda no puede ser más que un chiste de mal gusto. No nos olvidemos de que Bolívar acusó a Miranda de traición y lo entregó a las fuerzas españolas para que lo mataran; es más, Bolívar mismo declaró que de no haberlo entregado a los españoles él mismo lo habría fusilado (Lynch, 61-63).

En este momento de 2011, estoy siguiendo muy de cerca el debate sobre las elecciones presidenciales. Lo que más me llama la atención es la polarización —una polarización que, si no me equivoco, cuenta con fuertes antecedentes en el siglo XIX—. Por lo tanto, en la próxima edición de *La invención...*, cambiaré y corregiré algunas cosas. Pero por lo pronto pienso dejar el último párrafo así como está.

### CAPÍTULO III

#### *De cómo el liberalismo se volvió una mala palabra*

En 2009, fui invitado a participar en un simposio en la Universidad de San Pablo sobre la transmisión de ideas entre Europa y América latina, y entre los países latinoamericanos. Allí conocí a un historiador brasileño, un poco más joven que yo, con quien sentí una inmediata afinidad intelectual y personal. Nos hicimos amigos y terminamos hablando de mil cosas —del gobierno Lula, del auge de Brasil como uno de los BRICS, de la decepción y la nostalgia de muchos intelectuales de la vieja izquierda, etc.—. Estuvimos de acuerdo en casi todo hasta que me preguntó de qué color político me consideraba en ese momento. Le contesté que, habiendo pasado por los entusiasmos de la izquierda de los años 60 y 70 y visto de cerca los estragos del neoliberalismo tipo Reagan en los Estados Unidos, el único rótulo que me parecía remotamente adecuado era el de liberal, entendiendo el término en un sentido basado en el liberalismo clásico. Le expliqué que cuando hablaba de liberales me refería a figuras de la tradición angloamericana como William Gladstone, John Maynard Keynes y Franklin Delano Roosevelt. Sin embargo, por la cara que puso, pare-



cía que le hubiera confesado que era asesino serial o pedófilo.

Lamentable y misterioso el destino de la palabra «liberalismo» en la Argentina, en Estados Unidos y en algunas partes de Europa. Lamentable porque el liberalismo histórico —producto de la tradición republicana grecorromana, de la Ilustración europea y de los grandes movimientos democráticos reformistas de los últimos doscientos años— encierra valores que todavía son de suma importancia para el sostén de nuestras instituciones políticas. Y misterioso porque lo que se entiende ahora por liberalismo entre muchos sectores dejaría estupefactos a los liberales de antaño. En América latina parece señalar un librecambismo salvaje sin ley, sin ética y sin conciencia comunitaria, mientras que en Estados Unidos algunos comentaristas de ultraderecha creen que un liberal es un socialista, despilfarrador de recursos, enemigo de la familia y promotor de perversiones escandalosas.

¿Por qué esa confusión sobre el liberalismo tanto en Angloamérica como en América latina, donde el término aparentemente señala ideas casi opuestas y ninguna de ellas concordante con el liberalismo histórico? ¿Por qué tantos gobiernos, por más «antiliberales» que se declaren, parecen incapaces de abandonar los atractivos del liberalismo? Vemos ejemplos de tal acercamiento al liberalismo si se compara el franquismo de los años 40 con el de los 60, el peronismo de 1946 a 1949 con el peronismo de los años 1954 y 1955, la China maoísta con la China actual, y los Estados de Europa Oriental de hoy con lo que eran veinte años atrás. En cada caso, gobiernos que antes denostaban el liberalismo terminaron abrazando reformas liberales.

Desde luego, no hay nada sagrado en un térmi-

no. Las palabras poseen el significado que les damos y cambian de sentido con el paso del tiempo. Cabría preguntar entonces por qué me empeño en rescatar términos tan problemáticos como «liberal» y «liberalismo»? ¿No sería mejor buscar expresiones menos polémicas? ¿Por qué no digo algo más anodino como «democracia social» o por qué no cambiar de nombre sin cambiar de idea como hizo en Brasil el viejo Partido Liberal (partido del vicepresidente de Lula durante sus dos mandatos, José Alencar), que se rebautizó como Partido Democrático? O ¿por qué no hacer como los columnistas de *La Nación* y *Clarín* y hablar de «institucionalidad» y «república» cuando realmente están hablando del liberalismo?

Ofrezco dos respuestas para justificar la recuperación de «liberal» y «liberalismo», una corta y otra más extendida. La corta es que el liberalismo histórico es parte de nuestro ADN político. Conceptos liberales subyacen en nuestras Constituciones, nuestros sistemas jurídicos y en nuestro discurso político y cívico a tal grado que hasta los antiliberales más feroces terminan expresándose con términos y conceptos promovidos por el liberalismo histórico. ¿Democracia? ¿Pueblo soberano? ¿Derechos civiles? ¿Estado de derecho e imperio de la ley? ¿Ciudadanía? ¿Separación de poderes? ¿Independencia judicial? ¿Institucionalidad? ¿Propiedad privada? ¿Mercado libre o regulado? Todos invocan principios y debates liberales. La respuesta más larga (el grueso de este capítulo) es que la historia del deterioro de estos términos en la Argentina (y también en los Estados Unidos) ha coincidido con un empobrecimiento de los valores que representan. Diré más: el deterioro de los auténticos valores liberales ha sido causado en parte por la perversión del vocabulario del



liberalismo. Dicho sea de paso, no estoy solo en mi defensa del liberalismo histórico. Sin equipararme con ellos, noto que intelectuales distinguidos como Fritz Stern, Timothy Garton Ash y Paul Krugman también luchan para recuperar el sentido original del liberalismo tanto en Norteamérica como en Europa. Krugman ha embestido sin cesar contra algunos aspectos del neo-liberalismo y de la escuela económica monetaria de Milton Friedman y los Chicago Boys. Sin embargo, al mismo tiempo que recibió el Premio Nobel de Economía, en 2008, Krugman publicó un excelente libro de confesión política titulado precisamente *La conciencia de un liberal*. Por otra parte, habría que juzgar el liberalismo tomando en cuenta quiénes son sus enemigos y qué fines persiguen. Como veremos más adelante, los ataques al liberalismo, dentro y fuera de la Argentina, casi siempre son defensas sigilosas de algún tipo de autoritarismo.

### 1. Hacia una definición del liberalismo

Para definir el liberalismo, doy la primera palabra a uno de sus más rabiosos críticos, el padre D. Félix Sardá i Salvany, presbítero español, que publicó en 1884 un fascinante e influyente libro titulado *El liberalismo es pecado: cuestiones candentes*, que fue reeditado y algo modificado para el público argentino en 1885 por un cura argentino, Antonio Fernández Moya, con el título *El liberalismo es pecado de herejía: explicado por preguntas y respuestas*. El padre Félix comienza su libro con esta definición del liberalismo:

Principios liberales son: la absoluta soberanía del individuo con entera independencia de Dios y de su autoridad; soberanía de la sociedad con absoluta independencia de lo que no nazca de ella misma; soberanía nacional, es decir, el derecho del pueblo para legislar y gobernarse con absoluta independencia de todo criterio que no sea el de su propia voluntad expresada por el sufragio primero y por la mayoría parlamentaria después; libertad de pensamiento sin limitación alguna en política, en moral o en Religión; libertad de imprenta asimismo absoluta o insuficientemente limitada; libertad de asociación con iguales anchuras. Éstos son los llamados *principios liberales* en su más crudo radicalismo. [...] El fondo común de ellos es el racionalismo *individual*, el racionalismo *político* y el racionalismo *social*. Derívanse de ellos la *libertad de cultos* más o menos restringida; la supremacía del Estado en sus relaciones con la Iglesia; la enseñanza laica o independiente sin ningún lazo con la Religión; el matrimonio legalizado y sancionado por la intervención única del Estado; su última palabra, la que todo lo abarca y sintetiza, es la palabra *secularización*, es decir, la no intervención de la Religión en acto alguno de la vida pública, verdadero ateísmo social, que es la última consecuencia del Liberalismo (Sardá i Salvany, sección 2).

Obviamente, lo que más le molesta al buen padre es que el liberalismo no privilegie a la Iglesia de Roma. No toma en cuenta que dentro de un sistema liberal, los mismos ciudadanos pueden elegir una religión, incluso casarse por la Iglesia y llevar a sus hijos a una escuela



católica. Sin embargo, a pesar del evidente sesgo antiliberal de su autor, su definición del liberalismo no está mal. Menciona todos los grandes temas del liberalismo: derechos individuales, soberanía del pueblo, sufragismo, libertad de pensamiento y de expresión, libertad de asociación y de cultos, el racionalismo, la autoridad del Estado, enseñanza laica, matrimonio civil, en fin, todo está ahí. Curiosamente, el tema más descuidado en el libro del padre Sardá i Salvany es el liberalismo económico, que parecería ser el tema dominante entre los críticos argentinos del liberalismo de nuestros días.

No obstante los esfuerzos del buen padre, definir el liberalismo es difícil por varios motivos: por la complejidad de su historia, por la amplitud de sus conceptos, por las distorsiones y contradicciones indicadas arriba, por la pasión e imprecisión de los que utilizan el término y por una frecuente tendencia a destacar el liberalismo económico y suprimir el liberalismo político (o viceversa) sin reconocer que constituyen dos ingredientes esenciales del mismo paquete.

Lo obvio es que «liberalismo» tiene la misma raíz que «libertad», y es ahí donde nace, en el concepto de libertad del lema acuñado por John Locke «vida, libertad y propiedad», o por la versión francesa «libertad, igualdad y fraternidad». Desde Boston hasta Buenos Aires, la libertad es el grito de independencia de las Américas, como consta en las primeras líneas del Himno Nacional Argentino de 1812: «Oíd, mortales el grito sagrado/ libertad, libertad, libertad». En fin, no hay forma de leer el pasado o el presente pasando por alto el concepto de la libertad y de la idea que la lucha por la libertad engendró: en una palabra, el liberalismo.

Los conceptos básicos del liberalismo moderno nacen en la Ilustración, aunque los términos «liberal» y

«liberalismo» son de cuño posterior. Curiosamente, «liberal» y «liberalismo» figuran entre los pocos términos que España aportó al vocabulario político mundial. Los autores de la Constitución de Cádiz de 1812 defendían una serie de libertades políticas que todos conocemos: libertad de prensa, libertad de pensamiento y expresión, libertad de culto, libertad de asociación, y cosas por el estilo. Para injuriarlos, sus enemigos los tacharon de «liberales» y a sus doctrinas, de «liberalismo». Expulsados de España por Fernando VII tras la rebelión de Rafael Riego en 1820, muchos de ellos se refugiaron en Inglaterra, llevando consigo su doctrina. Los Torys ingleses, el partido monárquico y conservador, echaron mano a los términos «liberal» y «liberalismo» para empañar la reputación de sus enemigos los Whigs, sugiriendo que su «liberalismo» era una afectación importada no digna de ingleses auténticos. Dicho sea de paso, los enemigos del liberalismo suelen pintarlo como algo exótico y ajeno a la autenticidad nacional, sea la nación que fuera. Pese a las malas intenciones de los Torys, a los Whigs les encantaron los términos y los asumieron como propios. Pasó algo parecido en todos los países occidentales, incluso en la Argentina, donde pronto se formaron clubes, asociaciones y hasta partidos políticos liberales. Por ejemplo, en septiembre de 1825 *El Argos*, diario de Buenos Aires, hacía alarde de «los principios liberales sobre los que están montadas nuestras instituciones sociales» (14 de septiembre de 1825, 315). En fin, «liberal» y «liberalismo» fueron troquelados como términos despectivos pero, al poco tiempo, fueron adoptados con gusto por los acusados como bandera de identidad. Por consiguiente, el término «liberalismo», que comenzó como una mala palabra, adquirió pronto connotaciones positivas.



A diferencia de otros grandes «ismos», el liberalismo nunca tuvo fundador. Hubo un Marx, un Freud, un Lutero y un Calvino. Aunque los movimientos fundados por esas personas se han ido transformando a lo largo de los años, su evolución siempre contaba con el pensamiento del fundador como punto de referencia. En contraste, nunca hubo un Sr. Liberal, ni tampoco existe ningún texto canónico del liberalismo semejante a las *Instituciones de la religión cristiana* de Juan Calvino o a *El capital* de Karl Marx. Más bien, el liberalismo consiste en una serie de ideas y prácticas que provienen de pensadores y actores políticos de varios países y de varias generaciones, comenzando con el republicanismo clásico grecorromano y terminando con... bueno, no ha terminado. Es muy acertada la afirmación de Owen Chadwick cuando dice que el liberalismo «es más un programa de lo que podría ser que una descripción de lo que es» (Chadwick, 21). Dicho de otra forma, lo que más caracteriza al liberalismo es su persistente reformismo, su afán por buscar «lo que podría ser». Y de ahí las repetidas invocaciones a reformas liberales que todavía se proponen y se debaten.

A lo largo de los años, el liberalismo ha incorporado prácticas e ideas de personas tan variadas como Pierre Montesquieu, John Locke, David Hume, Thomas Paine, John Stuart Mill, William Gladstone, Susan B. Anthony, Benito Juárez, Abraham Lincoln y Roque Sáenz Peña, todos ellos vinculados a reformas liberales, por ejemplo, expansión del sufragio, libertad de culto, mejores condiciones de salubridad, reconocimiento del sindicalismo, voto femenino y escolarización laica para las masas —siempre en nombre del liberalismo—. El santo patrono del sindicalismo británico es el autoproclamado liberal William Gladstone. En el pensa-

miento liberal económico del siglo xx no hay nadie más importante que John Maynard Keynes, miembro del Partido Liberal inglés, que cambió para siempre nuestro concepto del rol del Estado en una economía liberal pero sin abandonar las ideas mayores del libre-cambismo. Y en nuestros días, Paul Krugman, feroz crítico del neoliberalismo, se autodefine como liberal. Conclusión: el pensamiento liberal es un proyecto dinámico que sigue en desarrollo.

¿Cuáles son los valores básicos del liberalismo histórico? De entrada, hay dos grandes vertientes en el liberalismo, una política y otra económica. Peter Steinfels distingue entre una estricta definición del liberalismo (*tight*) y una serie de definiciones laxas (*loose*). La definición estricta insiste en que el liberalismo histórico nunca encontró una distinción entre liberalismo político y liberalismo económico. Eran dos partes del mismo paquete, ingredientes esenciales de la misma receta. Un programa económico liberal sin su contraparte política sería algo menos que el liberalismo y viceversa. En cambio, las definiciones laxas para Steinfels (y también para mí) son tan parciales y resbalosas que en última instancia quieren decir muy poco (Steinfels, 23). De ahí la confusión mencionada.

No pienso resolver este debate, pero para los propósitos de este ensayo adhiero a la definición de Steinfels, quien insiste en que el auténtico liberalismo no se puede entender sin tomar en cuenta las dos corrientes. Son mutuamente interdependientes y en la gran mayoría de los casos ninguna de las dos perdura o prospera sin la otra. De ahí que un sistema o un gobierno que se proclama liberal pero no incluya ambos aspectos incurra en una contradicción en los términos. Decir que Pinochet o Martínez de Hoz eran liberales



es una mentira, y tal vez una blasfemia. Una dictadura puede coquetear con políticas librecambistas, pero si tales políticas no se desarrollan dentro de un sistema político liberal, no es liberalismo. La historia abunda en ejemplos de cómo un liberalismo de mercado contribuye, tarde o temprano, a una mayor liberalización política (democratización) y viceversa. Considérese, por ejemplo, el surgimiento de la burguesía comercial europea y su consecuente capacidad para desafiar los privilegios de la aristocracia en el siglo XVIII. O, para tomar un ejemplo mucho más reciente, consideremos el caso español. La lenta caída del franquismo empieza cuando España, a fines de la década de 1950, comienza a abrirse al comercio exterior, a tal grado que cuando abraza oficialmente la democracia después de la muerte de Franco, las pautas para un liberalismo económico ya estaban bien planteadas, lo cual contribuyó sin duda a la transición del país a la democracia. Imagínese cuán difícil habría sido ese proceso si la economía española hubiera estado en manos de pocas personas o del aparato estatal. Algo parecido está pasando en la China moderna, donde una apertura al mercado ha producido una nueva clase empresarial y consumidora que callada y lentamente está exigiendo cada día mayor participación política. Conclusión: quien dice que hay liberalismo económico sin liberalismo político está pasando por alto más de dos siglos de evidencia. Esto no quiere decir que la relación entre liberalismo político y liberalismo económico funcione de la misma forma en todas las sociedades liberales: sólo indica que en el liberalismo real los dos están presentes.

Una pequeña digresión antes de seguir adelante con las definiciones. Mostré un borrador de este capítulo a dos amigos politólogos. Me dijeron que les

había gustado (por decencia o por adhesión, no lo sé), pero me aconsejaron más cautela en mi insistencia de que el liberalismo económico siempre va de la mano con el liberalismo político, y viceversa. Tomo en serio las opiniones de personas que saben más que yo (que son multitud), así que les pregunté si sabían de algún país políticamente liberal con una economía totalmente estatizada, o a la inversa, un país económicamente liberal pero con una alta concentración del poder político. Después de mucho titubeo, me sugirieron Hong Kong y Singapur, que de hecho tienen gobiernos políticamente autoritarios pero con prácticas y políticas francamente capitalistas. Dos respuestas: 1) En Estados tan pequeños —ciudades-Estados más que países— tal vez funcione una alta concentración del poder político que no daría buenos resultados en países más típicos. 2) me atrevo a vaticinar que a la larga veremos en Hong Kong y Singapur una liberalización política, siguiendo así un rumbo histórico parecido al que se ha visto en tantos otros casos. Así que, habiendo considerado el consejo de mis amigos de ejercer más cautela, sigo insistiendo en que los países más exitosos son precisamente aquellos que exhiben la mezcla de política liberal con economía liberal que he descrito arriba, es decir, Estados liberales.

## 2. El liberalismo político

El vocabulario y los conceptos fundamentales del liberalismo político son hartamente conocidos porque fundamentan todo nuestro lenguaje político. Los bosquejo a continuación sólo para que no haya ninguna duda sobre mi uso de los términos. Lo básico:



1. El gobierno deriva sus poderes del pueblo, de los gobernados. Una de las invenciones más importantes del liberalismo es la idea de pueblo. Desde luego, el pueblo siempre será una abstracción, una ficción orientadora. Nadie ha visto al pueblo. Es imposible andar por la calle y saludar al pueblo. Pero ningún concepto liberal ha sido más útil que la idea de pueblo. Todo movimiento liberal —la Revolución Gloriosa inglesa de 1688, la Revolución Francesa, los movimientos independentistas de las repúblicas americanas— se ha realizado en nombre del pueblo. Y hasta el día de hoy, reformas valiosas (y muchas chantadas también) se proclaman en nombre de pueblo. Ahora bien, como veremos más adelante, la definición del pueblo ha llevado a mil polémicas y nunca han faltado «liberales» que pregonan la soberanía del pueblo y acto seguido hacen todo lo posible por limitar la participación popular. Pienso, por ejemplo, en los «padres fundadores» de los Estados Unidos que a fines del siglo XVIII invocaron con deslumbrante elocuencia los principios de la igualdad ante la ley y del pueblo soberano, sin tomar en cuenta que la mayoría de los habitantes de la nueva república —los indígenas, los esclavos africanos, las mujeres— quedaban excluidos de los mecanismos políticos que proponían. Pero siendo el liberalismo «un programa de lo que podría ser», ha habido en los Estados Unidos, como en todos los Estados modernos, una serie de reformas liberales que han procurado, con notable éxi-

to, mayor inclusión y mayor representatividad. De ahí que el presidente actual de los Estados Unidos sea un afroamericano que vive en una mansión, la Casa Blanca, que fue construida por esclavos afroamericanos.

2. En el liberalismo, no hay autoridad política más allá del Estado. Nada de derecho divino de reyes, de privilegios hereditarios y de autoridad apostólica. El gobierno tiene que gobernarse y autorregularse. Esto no excluye la posibilidad de que algunos ciudadanos invoquen la autoridad de Dios y el magisterio de la Iglesia Romana, pero tales posiciones serán unas más entre muchas otras. La autoridad del Estado se manifiesta en las constituciones, los códigos civiles, el imperio de la ley, los frenos y contrapesos de la separación de poderes, los procedimientos electorales, los debates sobre parlamentarismo y presidencialismo, y toda una serie de otros mecanismos que pueden variar de país en país pero siempre apuntando hacia el mismo fin: los gobernantes tienen que responsabilizarse con transparencia de lo que hacen ante la ley y el electorado. La cuestión de la autoridad del Estado ha sido fuente de las mayores polémicas contra el liberalismo porque las monarquías, la Iglesia católica durante casi dos siglos, las aristocracias hereditarias y desafortunadamente bastantes intelectuales prefieren no acatar una autoridad que no sea la de ellos mismos.

3. El liberalismo se funda en una serie de libertades y derechos individuales que, pese a constantes reformulaciones y reinterpretaciones,



manifiestan una gran consistencia en su defensa del ciudadano. En el liberalismo, el ser humano deja de ser súbdito o vecino y se convierte en ciudadano —un ciudadano con derechos, libertades y responsabilidades—. Isaiah Berlin, tal vez el mejor filósofo del liberalismo del siglo xx, habla de dos tipos de libertad: una libertad negativa y una libertad positiva. Entre esos conceptos hay cierto entrecruzamiento, pero básicamente la libertad negativa es la *libertad de*, y la libertad positiva es la *libertad para*. La libertad negativa protege al individuo *de* la intrusión del gobierno, *de* la detención sin *habeas corpus*, *de* la detención sin proceso legal y *de* los abusos de otro ciudadano que actúa fuera de la ley. La libertad positiva es la libertad para hacer: *para* expresarse, *para* asociarse con otros ciudadanos, *para* poseer y vender propiedades, servicios e ideas. La libertad positiva también puede ser definida como una serie de derechos: derecho a la educación pública, derecho a un ambiente no contaminado y derecho a servicios médicos básicos. Desde luego, en las sociedades liberales no hay unanimidad en cuanto a la práctica de tales derechos. Lo que sí hay en toda sociedad liberal es un sistema de reglas para resolver diferencias entre adversarios y negociar lo que significa la ciudadanía. En este sentido, el liberalismo podría ser comparado con un deporte: sabemos de antemano cuáles son las reglas y quiénes son los jugadores y los árbitros, pero los resultados provienen de constantes negociaciones enmarcadas por la ley.

### 3. El liberalismo económico

Como decía, el liberalismo político viene acompañado de un liberalismo económico, siempre. Históricamente hablando, el capitalismo está fuertemente asociado con la democracia. Lo básico del liberalismo económico:

1. El liberalismo económico reconoce el derecho a la propiedad y la realidad del mercado. De ahí la fórmula más famosa de John Locke del liberalismo (aunque el término es posterior a él): vida, libertad y propiedad. O la «Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano» que antecede a la Revolución Francesa, cuya segunda cláusula dice: «La finalidad de todas las asociaciones políticas es la protección de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre; y esos derechos son libertad, propiedad, seguridad y resistencia a la opresión». El liberalismo defiende el derecho a la propiedad porque reconoce que el mercado no es, como pretenden algunos, una opción o una alternativa. Dondequiera que existan la producción y el intercambio de productos, sean materiales, culturales o intelectuales, existe el mercado. Esto no significa ni la ausencia del Estado, ni de sistemas de asistencia social, ni la solidaridad entre ciudadanos o subgrupos de ciudadanos. Sólo quiero subrayar que el liberalismo acepta como punto de partida el derecho a la propiedad y la realidad del mercado.



2. El liberalismo acepta y facilita el mercado porque ningún otro sistema económico lo iguala en su capacidad de crear nuevas tecnologías, nuevos productos, mejores precios, nuevas redes de distribución y venta, nuevos trabajos, nuevo conocimiento, nuevo todo. La capacidad incomparable del mercado para crear riqueza, si bien canalizada, es la mejor forma que existe para satisfacer las necesidades materiales de la sociedad. Los fracasos de modelos económicos alternativos son realidades históricas. Y quien crea lo contrario simplemente está pasando por alto la evidencia. Los países más prósperos son los que supieron aprovechar los beneficios del mercado y al mismo tiempo crear mecanismos para extender esos beneficios a toda la ciudadanía. En contraste, la experiencia de las economías altamente planificadas del viejo bloque soviético, de la Cuba actual y de la China prerreforma ofrece muchísima evidencia de que la prosperidad no se consigue por ese camino.
3. Existe una relación innegable entre diversificación económica y democracia política. Los Estados que dependen de un solo producto (por ejemplo, los Estados petroleros) pueden tener una alta renta per cápita, pero son más vulnerables a tendencias antidemocráticas que los Estados con mayor diversificación de la producción.
4. El mercado como espacio para intercambiar servicios y productos es también una metáfora para la convivencia de todas las libertades asociadas con una sociedad liberal. De ahí que

muchos hablamos del mercado de ideas como lo contrario de un sistema autoritario o de pensamiento único. Tal vez sea en metáforas como «mercado de ideas» donde más vemos el cruce ante el liberalismo político y el liberalismo económico. El mismo lenguaje señala su conexión.

#### 4. Estado y mercado: liberalismo político versus liberalismo económico

Una de las funciones principales del Estado liberal es regular y facilitar el funcionamiento del mercado, y eso porque dentro del mercado conviven fuerzas constructivas y destructivas. El rol regulatorio del Estado está plasmado en todas las Constituciones liberales, incluso la más antigua aún vigente, la de los Estados Unidos, cuyo primer artículo explícitamente autoriza al gobierno a regular el comercio. La gente que predica «gobierno cero» son ideólogos y no liberales. La famosa frase atribuida a Thomas Jefferson, tan amada por los neoliberales, de que «el gobierno que gobierna menos es el que gobierna mejor», es una prueba más de que muchas de las mejores y peores ideas políticas de los Estados Unidos provienen del mismo Jefferson. En *La riqueza de las naciones* de 1776, Adam Smith advirtió que los dos mayores enemigos del funcionamiento del mercado son la riqueza heredada —por ejemplo, las fortunas de la aristocracia de su época— y los monopolios. Y ¿qué entidad puede impedir que se concentre la riqueza en monopolios y en manos de unos cuantos privilegiados? Sólo el Estado —y si no el Estado nacional, entonces un ente supranacional como la Unión Europea—. De ahí que muchas de las privatiza-



ciones realizadas por el menemismo, que redundaron en monopolios privados y no en mayor competencia, fueron de hecho antiliberales. En su sentido más básico, el neoliberalismo rompe el equilibrio entre Estado y mercado en perjuicio del Estado. Por lo tanto, las políticas neoliberales tienen poco de «neo» y menos aún de liberalismo histórico. Más aptos serían rubros como «pseudoliberalismo», «liberalismo trucho» o, en el caso del menemismo, «chanchullos maquillados de política económica liberal». Digo exactamente lo mismo en cuanto a la manía de desregulación que tuvo lugar en los Estados Unidos durante las últimas tres décadas con tan nefastos resultados.

La absoluta necesidad del Estado de regular el mercado se observa desde el núcleo más básico del comercio capitalista: el contrato. Sin Estado, ¿quién decide que un contrato es válido o no, o si todas las partes están cumpliendo con lo prometido? Desde luego, el rol del Estado en el mercado consiste en mucho más que garantizar los contratos. Puede incluir política monetaria, inversiones estatales en infraestructura, controles ambientales, educación pública, asistencialismo social y una vasta serie de otras funciones, aunque se podría argüir que tales funciones estatales también implican un contrato social (una idea liberal) que el Estado tiene con el ciudadano y con los derechos ciudadanos (otra idea liberal). Lo único que quiero subrayar aquí es la idiotez de hablar de un mercado sin marco jurídico y regulatorio que en nuestros tiempos establece el Estado. Por otra parte, el rol específico del Estado siempre se encuentra en negociaciones con las fuerzas y los actores del mercado. Y entre éstos y aquél, nunca faltan tensiones, rivalidades, negociaciones, renegociaciones, propuestas y contrapropuestas, y resoluciones

y contrarresoluciones. En fin, en todo sistema liberal, ni siquiera los más fanáticos del librecambismo pueden prescindir del Estado como árbitro que vela por el cumplimiento de las reglas.

El Estado liberal regula el comercio porque reconoce que el mercado crea y también destruye. Es amoral de la misma forma que un río o el viento son amorales. La historia económica está plagada de industrias y productos que quedaron obsoletos. Aunque esa caducidad a la larga puede desembocar en mejores productos para todos los actores —es decir, productos más seguros, más eficientes, más baratos, más asequibles y menos contaminantes—, también puede imponer un alto costo humano en derroche, condiciones de trabajo inaceptables, comunidades destruidas y vidas interrumpidas. En tales casos, el Estado debe recordar su contrato con todos los ciudadanos, sin proteger lo obsoleto, sino abriendo camino para afrontar los cambios y prestando ayuda material y mejoras infraestructurales cuando ellas hagan falta. En fin, el Estado existe en gran parte para determinar cuánta libertad y cuánta regulación necesita el mercado, reconociendo que en la libertad del mercado conviven su creatividad y su salvajismo.

Por añadidura, hay necesidades sociales de las que el mercado difícilmente se ocupa, como la educación y la protección ambiental. El Estado liberal desde sus comienzos ha reconocido la absoluta necesidad de escolarizar a las masas —siendo uno de los ejemplos más admirables el sistema educativo creado por el liberalismo argentino—. Y de forma parecida, los Estados liberales, hoy en día, están actuando con cada vez más vigor para proteger el ambiente. Asimismo, el Estado reconoce que el mercado, como ente amoral, no



distingue entre valor y precio. Por ejemplo, el trabajo de una excelente maestra de primaria es de alto valor social pero está mal pago, que es otra forma de decir que tiene precio bajo en el mercado. Inversamente, a un especulador de divisas se le paga muy bien aunque el valor social de su trabajo sea mínimo y tal vez negativo. Por lo tanto, el Estado liberal, como parte de su convenio con los ciudadanos, trata de equilibrar el valor con el precio, repartiendo de forma más justa los beneficios del mercado al mismo tiempo que intenta corregir sus excesos.

Lo que vemos entonces es que el mercado, sin regulación suficiente, es volátil y peligroso. Sin un fuerte marco institucional, bien puede caer en el «capitalismo salvaje» para usar un término que se puso de moda para criticar el neoliberalismo. Marx tenía toda la razón: el capitalismo conlleva las semillas de su propia destrucción. Lo que no previó Marx era la capacidad del Estado liberal de canalizar y manipular el mercado, usando por ejemplo las estrategias contracíclicas ideadas por Keynes, de tal forma que sus fuerzas creativas funcionen al mismo tiempo que se controla su destructividad. De ahí la ingenuidad de mis amigos marxistas y semimarxistas que insisten en invocar el «capitalismo agonizante», como si tuviera algo que ver con la realidad. No veo señal alguna de que el capitalismo esté a punto de desaparecer. Existe, florece, prospera, evoluciona, convive con las más desarrolladas democracias sociales (por ejemplo, los países escandinavos), entra en crisis, se recupera, se reformula, se reconstruye, se recanaliza, brota donde antes se suprimía y sobrevive. Está muy lejos de pedir la extremaunción. Aun en estos momentos riesgosos (escribo en 2011), cuando la crisis bancaria ha provocado un duro reexa-

men de la relación entre el Estado y el mercado, no cabe la menor duda de que el capitalismo sobrevivirá; reformado, recanalizado, reconstruido, más regulado en algunas cosas y menos en otras, pero sobrevivirá. Y cuando venga la próxima crisis, ese mismo proceso comenzará de nuevo. Ya sé que algunos, al leer esto, van a gritar «¡pensamiento único!», un término muy querido a personas que en su vida han producido un pensamiento alternativo. En verdad, mi descripción de los constantes reajustes y negociaciones entre Estado, capital, nuevos contextos, nuevas tecnologías, nuevos mercados, nuevos productos, nuevas prioridades, etc., de forma alguna se puede reducir a un «pensamiento único»; más bien, se trata de una deslumbrante e inagotable variedad que el cruce entre tantos factores puede producir. Por ejemplo, ¿a quién se le habría ocurrido que un país comunista como China de pronto protagonizaría una nueva reconfiguración del capitalismo? Y a menos que China sea la gran excepción de la historia, su apertura al mercado, que ya está aumentando las tasas de prosperidad individual, también terminará produciendo presiones hacia una mayor democratización. Ver y entender estos procesos es lo que necesitamos.

Lo que no se justifica es el intervencionismo entremetido en el mercado que se ha visto tanto en la Argentina y que a la larga se ha pagado con un desempeño económico errático, estancamiento industrial, crecimiento modestísimo, pérdida de competitividad, altos precios al consumidor, mala calidad y obsolescencia de manufacturas, pérdida de buenos empleos, caída de renta per cápita y, en última instancia, una creciente marginalización del país en la arena internacional. Considérese la lista de términos que se han usado en la Argentina para describir ese intervencionismo, algunos



de los cuales no tienen equivalentes en otros países: rodrigazo, corralito, corralón, uno a uno, pesificación, congelación, confiscación de ahorros en nombre de la pesificación, confiscación de las jubilaciones en nombre de la argentinización de las pensiones (genial esta palabra, «argentinización»), Decreto de Necesidad y Urgencia para apoderarse de los fondos del Banco Central (que supuestamente es autónomo), y así sigue. Recuerdo una conversación con una amiga en la que me dijo que pensaba sacar todos sus ahorros de los bancos argentinos cuanto antes «porque el gobierno dice que no los va a tocar». Le respondí que ese comentario me parecía contradictorio. Viendo mi inocencia, me explicó: «No entendés nada, Nicolas. Si dicen que no los van a tocar, seguro que lo están pensando». Una pregunta que escucho mucho en la Argentina es: «¿Qué dicen de la Argentina en el exterior?» Sobre los temas comentados en este párrafo, nada mejor que el excelente artículo titulado «A Constant Feeling of Crisis» («Una constante sensación de crisis») de Max Chafkin en *Inc. Magazine*, junio de 2011, citado en la bibliografía.

No tenía que ser así. Hace cincuenta años, la Argentina era el líder económico indiscutible de América latina. Ahora, ha sido eclipsada por Brasil, Chile y México, y eso en parte, como arguyo a continuación, por su vacilante actitud frente al liberalismo según lo hemos definido aquí. Ni tampoco tiene que seguir así. La Argentina en este momento podría estar al borde de una de sus mejores épocas, semejante a la gran expansión que hubo a partir de 1880. Los productos del sector agropecuario que la Argentina produce mejor que nadie gozan de una alta demanda mundial y según todos los indicadores esta demanda no parará. Cómo manejar esa nueva riqueza es uno de los desafíos más

interesantes de esta coyuntura. Lo innegable es la gran oportunidad que representa.

Concluyo este bosquejo del liberalismo volviendo a la pregunta que hice al comenzar: ¿por qué recuperar los términos «liberal» y «liberalismo» en su sentido histórico y más amplio? Porque, como dicen los jóvenes, no hay otra. El término «república» puede invocar virtudes patrióticas, Estado de derecho y sistemas constitucionales de gobierno, pero adolece de elitismo y descuida lo económico. El término «democracia social» señala una necesaria meta participativa y suficiente asistencialismo para los marginados y menos privilegiados, pero disminuye lo económico y lo individual. Y «librecambismo» descuida lo político, además de sugerir que un mercado sustentable fue en algún momento totalmente libre, pudiendo funcionar sin Estado. En fin, insisto en recuperar los términos «liberal» y «liberalismo» porque no hay otros que abarquen lo mismo.

En las tres secciones que siguen me propongo bosquejar cómo el liberalismo se volvió una mala palabra en la Argentina. Las críticas más comunes del liberalismo en el país nacen de tres vertientes. La primera es antipopular y elitista y cuestiona la capacidad del pueblo para gobernarse. La segunda, que me parece más común en América latina que en otras partes, es la populista o hiperpopular y sostiene que las instituciones liberales no expresan la verdadera voluntad popular porque, aunque disfrazadas de representatividad, a la larga sólo benefician a intereses especiales (la oligarquía o el capitalismo mundial, por ejemplo) que se apoderan de las instituciones por fraude electoral o soborno. Aunque «antipopular» e «hiperpopular» parecerían indicar posturas antitéticas, en la práctica



se entrecruzan y, como veremos más adelante, suelen desembocar en lo mismo: un gobierno autoritario. A estas dos corrientes, agrego una tercera: la de cierto tipo de catolicismo. Como explico más adelante, uso el término «católico» con recelo porque el término mismo invoca universalidad, y desde luego, de ninguna manera todo el catolicismo es antiliberal. Sin embargo, ninguna crónica del antiliberalismo argentino estaría completa sin tomar en cuenta el aporte antiliberal de ciertos sectores del catolicismo.

La corriente antipopular mantiene que es un grave error tratar de implementar la autoridad gubernativa en algo tan vago y tan volátil como el electorado del Estado liberal, sobre todo si ese electorado incluye las masas, las turbas, el populacho, la chusma, personas incultas, inmigrantes con apellidos impronunciables y gente de mal color o de religión equivocada (es decir no católica). Además, la postura antipopular sostiene que la estabilidad gubernativa sólo puede residir en algo más definido que el pueblo —por ejemplo, un déspota ilustrado, un monarca atento al magisterio católico o un grupúsculo de los talentos esclarecidos—. Ser antipopular no significa en todos los casos una despreocupación por la justicia social, porque tales gobernantes pueden supuestamente ser más compasivos, más comprensivos y más justicieros que las instituciones liberales. Pero en el mejor de los casos su interés por el bienestar de las masas, si existe, es paternalista y no participativo.

En comparación, la postura hiperpopular sostiene que la autoridad gubernamental efectivamente reside en el pueblo, pero que las instituciones liberales son inadecuadas para expresar esa voluntad popular. Por añadidura, los argumentos hiperpopulares suelen apo-

yar una visión casi mística de la identidad nacional, comenzando con la idea de que existe una argentinidad preexistente a la nación misma que ha sido traicionada por el liberalismo. ¿Y quién o qué puede expresar la voluntad del pueblo auténticamente argentino? Un caudillo, un auténtico caudillo capaz de articular los verdaderos deseos y necesidades del pueblo y de la nación. El caudillo puede depender de corporaciones de diversos tipos —gremios, sindicatos, las Fuerzas Armadas, la Iglesia— para tomar decisiones, más allá del presidencialismo, el multipartidismo y el parlamentarismo de las instituciones republicanas.

Las dos posturas —la antipopular y la hiperpopular— prometen paz, orden y estabilidad. Ambas también pueden afirmar una honda preocupación por la justicia social, los pobres, los menos talentosos y todos los demás que el liberalismo supuestamente margina. Y de ahí su pretensión de ser más ético que el liberalismo, ya que manifiesta una mayor preocupación por «la cuestión social». No sorprende por lo tanto que muchos, sobre todo jóvenes idealistas, se sientan atraídos por movimientos hiperpopulares que prometen remediar la injusticia social de la noche a la mañana, sin pasar por el arduo proceso de crear condiciones para que haya crecimiento económico real y sustentable, infraestructura y créditos para la diversificación económica, inversión en la educación para crear una verdadera movilidad social y reformas tributarias que puedan extender los beneficios del mercado a toda la ciudadanía sin matar la iniciativa. De ahí que un caudillo que promete mayor justicia social —no mañana sino ahora mismo— siempre tendrá simpatizantes. Sin embargo, el escéptico que llevo dentro sospecha que las personas atraídas por tales movimientos, sean anti-



populares o hiperpopulares, no siempre lo hacen desinteresadamente. Más bien, se sentirán tentados por la promesa *sotto voce* de ser parte del elenco de personas que *se imaginan* del lado del príncipe, del caudillo, de la Argentina «auténtica», o de la cofradía de los grandes talentos.

Bosquejar la corriente antiliberal católica es más complicado. Por un lado, combina elementos de demofobia e hiperdemocracia con conceptos corporativistas, pero por otro muestra nostalgia por un gobierno regido por un príncipe cristiano en una sociedad casi teocrática en la que la autoridad eclesiástica no se subordine a la del Estado. Es un pensamiento atravesado por una idealización de la Edad Media, antes del humanismo renacentista, antes de la rebelión protestante, antes de la rivalidad con los masones y, desde luego, antes de las luchas monumentales con los gobiernos liberales del siglo XIX; en fin, antes de la modernidad, cuando comienza el cuestionamiento en gran escala al magisterio de la Iglesia y a la autoridad de la revelación divina. Reitero: de forma alguna me refiero a todo el catolicismo ni menos aún a todos los católicos. Sin embargo, como se verá más adelante, una descripción del antiliberalismo de algunos sectores de la Iglesia forzosamente tiene que formar parte de esta explicación.

##### 5. República, democracia y demofobia

En la Argentina, como en otras partes, el ataque antipopular al liberalismo desafía uno de sus fundamentos más básicos: el concepto de un pueblo soberano, de un pueblo capaz de gobernarse. En este desafío hay

dos corrientes. La primera cuestiona la idea del pueblo soberano en su totalidad. La segunda confiesa la autoridad del pueblo, pero acto seguido busca formas de excluir a grandes sectores de la población, de tal forma que «el pueblo» termina siendo una minoría selecta, es decir, lo opuesto de una democracia inclusiva. De ahí el doble discurso de todos los gobiernos liberales en algún momento de su historia: son democráticos en teoría pero, en mayor o menor grado, demofóbicos en la práctica.

Aquí conviene una corta digresión sobre la idea del pueblo como soberano. Edmund Morgan, en su excelente libro *La invención del pueblo*, detalla cómo la idea del pueblo soberano se desarrolló en Inglaterra y en Estados Unidos (desde luego, con fuerte influencia del pensamiento ilustrado francés), desde las negociaciones entre la monarquía y la aristocracia que desembocaron en la primera monarquía constitucional realizada en Inglaterra con la Revolución Gloriosa de 1688. A partir de ese momento, el constitucionalismo republicano fue el azote de todos los monarcas europeos. Más adelante, la nueva burguesía comercial exigiría mayor participación política, y por eso las negociaciones con la monarquía llevaron a incluir a cada vez más personas. Mientras tanto, se desarrollaron ideas republicanas que fundamentaban nociones de cuerpos representativos, división de poderes, Estado de derecho y conceptos de esta índole que más adelante desembocarían en las instituciones liberales que todos conocemos.

En sus comienzos, sin embargo, el republicanismo europeo y americano (del norte y del sur) era más una república de la virtud que una república de derechos democráticos. Como destaca Gordon S. Wood en su



deslumbrante libro *The Radicalism of the American Revolution*, los primeros republicanos norteamericanos se vieron como una elite virtuosa. Tenían una gran confianza en su capacidad de tomar decisiones sólo sobre la base de su virtud personal y su uso de la razón. No había mayor insulto para tales gentes que decir que gobernaban por interés personal. Aunque esa elite republicana seguía procedimientos democráticos entre sí, en sus albores el republicanismo nunca se vio como un movimiento de masas (Wood, 125-135; 145-168).

A fines del siglo XVIII, el elitismo republicano fue desafiado por conceptos más inclusivos; por ejemplo, el contrato social rousseauiano, que comprendía a todos. Al mismo tiempo, se destacó el concepto del sentido común, la idea de que todo ser humano era capaz de tomar decisiones racionales y de ese modo formar «un pueblo soberano». No es casual que uno de los textos más influyentes en todas las revoluciones americanas fuera precisamente el *Common Sense* (sentido común) de Thomas Paine. Hubo, entonces, fuertes tensiones entre el republicanismo más tradicional y la democracia más incluyente. De ahí que Thomas Jefferson, al encarar esas dos tendencias, optó por llamar a su nuevo partido el Partido Republicano Demócrata, nombre que para muchos, en aquel momento, era una contradicción en los términos. Natalio R. Botana y Ezequiel Gallo describen en el estudio preliminar de su libro *De la república posible a la república verdadera (1880-1910)* un fenómeno parecido en la Argentina. Después de una erudita y cuidadosa exposición del pensamiento de Alberdi y Mitre respecto de la república y su futuro, concluyen que «la república es, por consiguiente, el comienzo y la realización del movimiento revolucionario americano; y, como república que es, su destino

está fijado por la transición que la conduce desde una versión aristocrática hacia una meta democrática» (Botana y Gallo, 24).

En ningún país ha sido fácil la transición descrita por Botana y Gallo. Es más, podríamos decir que no se trata de una transición definitiva, sino de una negociación que aún continúa. Como punto de referencia, consideremos cómo la primera república americana, los Estados Unidos, encaró —y evadió— su compromiso con el pueblo. Aunque el movimiento independentista y la redacción de la Constitución norteamericana se realizaron en nombre del pueblo, se excluyó desde el principio a la gran mayoría de los habitantes —las mujeres, los indígenas y los esclavos africanos, entre otros—. El caso de los negros fue particularmente vergonzoso, porque en su versión original la Constitución de 1789 —la que todavía rige en el país aunque significativamente enmendada— rechazó el voto de los negros, pero se decidió incluirlos en los cálculos del número de votos electorales correspondientes a cada Estado en las elecciones presidenciales y también en la determinación de la cuota por Estado de representantes en la Cámara de Representantes. Funcionaba así: aunque el esclavo no podía votar, en los censos que se realizaban cada diez años se lo contaba como tres quintas de una persona. Esto les dio a los Estados esclavistas, todos en el sur, una ventaja numérica y explica en gran medida por qué, antes de la elección de Lincoln en 1861, la gran mayoría de los presidentes del país eran sureños o simpatizantes del sur. No eran hombres más inteligentes, más cultos o más bellos (como se decía en el sur), sino beneficiarios de lo que eufemísticamente se llamaba «el voto negro». Pero a la larga esta ventaja resultó vulnerable porque el norte no esclavista atraía



a más inmigrantes debido a los nuevos trabajos generados por una vertiginosa industrialización y a la mayor disponibilidad de tierras para colonizadores, cosa que no existía en el sur, dado que los grandes latifundios cimentaban la economía esclavista. Como resultado, con cada censo los estados no esclavistas iban adquiriendo cada vez más escaños en la Cámara de Representantes. En 1821, se trató de tranquilizar al sur con la aprobación del Missouri Compromise (Pacto de Missouri), cuya meta era conservar una paridad entre Estados libres y Estados esclavistas, lo cual a su vez mantendría un equilibrio, por lo menos en el Senado. Este arreglo empezó a desmoronarse cuando el norte se opuso a la extensión de la esclavitud en los nuevos territorios anexados (sería más exacto decir «robados») de México en 1848. El debate sobre la extensión de la esclavitud fue una de las causas principales de la Guerra Civil, que tuvo lugar entre los años 1861 y 1865, y en la que murieron más de 600.000 soldados —más que en todas las otras guerras norteamericanas hasta 1973, cuando terminó la de Vietnam—. A pesar de las enmiendas constitucionales aprobadas al final de la Guerra Civil que dieron el voto a los negros varones y abolieron la esclavitud, la discriminación contra los negros continuó y hasta el día de hoy no ha dejado de provocar conflictos y tragedias. Conclusión: Estados Unidos fue para todo el continente un modelo de retórica democrática, pero en la práctica demostraba la misma demofobia que todos los incipientes gobiernos liberales. Es más, la supervivencia de la república norteamericana debe mucho a la exclusión y al sufrimiento de sus ciudadanos negros. No obstante, las mejoras en el trato de los negros en los Estados Unidos dan testimonio de la capacidad de un sistema liberal

para reformarse, pero aun así se trata de una larga y trágica historia.

En la Argentina y en toda América latina hubo debates parecidos en cuanto a la definición del pueblo aunque, para su mayor gloria, los movimientos independentistas hispanoamericanos de 1810, desde México hasta la Argentina, abolieron de entrada la esclavitud en sus territorios. Leí hace poco un *blog* que decía que la hegemonía de Buenos Aires sobre el interior era parte del «proyecto liberal». Nada más equivocado. Artigas, Güemes, Quiroga, López y hasta el mismo Rosas —como ha demostrado Jorge Myers en su excelente libro *Orden y virtud: el discurso republicano en el régimen rosista*—, brindan ejemplos de cómo el discurso liberal se usaba tanto entre federales como entre unitarios. Artigas, tan denostado por los unitarios y más adelante por Sarmiento, era tal vez la figura que más abrazaba un programa realmente democrático. (Ver *La invención de la Argentina*, 2ª edición, 70-84.) Pero sus intentos de inclusión se revelan diferentes cuando son comparados con la extraña mezcla de democracia con demofobia que se nota en varios miembros de la Generación del 37. Consideremos por ejemplo esta afirmación en *Dogma Socialista* de Esteban Echeverría:

La soberanía del pueblo sólo puede residir en la razón del pueblo, y que sólo es llamada a ejercer la parte sensata y racional de la comunidad social. La parte ignorante queda bajo tutela y salvaguardia de la ley dictada por el consentimiento uniforme del pueblo racional. La democracia, pues, no es el despotismo absoluto de las masas, ni de las mayorías; es el régimen de la razón (Echeverría, *Dogma Socialista*, 201).



Sarmiento es aún más tajante:

Cuando decimos pueblo, entendemos los notables, activos, inteligentes: clase gobernante. Somos gentes decentes. Patricios a cuya clase pertenecemos nosotros, pues, no ha de verse en nuestra Cámara ni gauchos, ni negros, ni POBRES. Somos la gente decente, es decir, patriota (citado en Paoli, 175).

Como ya se indicó antes, esa mezcla de principios liberales con demofobia se dio en todos los movimientos liberales del siglo XIX. De forma alguna quiero sugerir que la Argentina fuera muy diferente en el tema. Sin embargo, la tendencia del liberalismo, como «una descripción de lo que podría ser», implicó la expansión de la participación democrática. Así fue el proyecto de Gladstone en Inglaterra, de Abraham Lincoln en los Estados Unidos, de Francisco Madero en México y de Roque Sáenz Peña en la Argentina, mostrando en cada caso una transición, para citar de nuevo a Botana y Gallo, «desde una versión aristocrática hacia una meta democrática» (Botana y Gallo, 24).

Es precisamente por eso que los liberales de la Generación del 37 podían dudar de las capacidades de las masas argentinas *de ese momento* pero al mismo tiempo buscar soluciones para capacitarlas. Echeverría habla de la necesidad de mantener la «parte ignorante [...] bajo la tutela y salvaguardia» del pueblo racional, dando a entender con la palabra «tutela» que el proyecto liberal también es educativo y que las masas, por más lamentables que fueran sus condiciones en ese momento, eran educables. De todos ellos, Sarmiento es el que

más se destaca en este sentido. Vale la pena recordar que los revisionistas que tanto criticaron a Sarmiento seguramente aprendieron a hacerlo en escuelas fundadas por él. En sus momentos más optimistas, Sarmiento podía afirmar que «la educación común obra sobre una masa ilimitada de seres y despierta el talento, la virtud, el genio que habrían sin ella quedado ocultos y malogrados, como los gérmenes que altos de calor y humedad dejan de fecundarse en el seno de la tierra» (citado en Sebrelí, 25). De forma parecida declaraba que «la democracia decente se siente invenciblemente desinteresada en la dotación y fundación de escuelas para todos» (Sebrelí, 25-26). En fin, Sarmiento por un lado cuestionaba la capacidad innata de las masas, por otro lado hizo todo lo posible por incluirlas en su proyecto educativo.

## 6. Demofobia pseudocientífica

Desafortunadamente, el cuestionamiento de la capacidad del pueblo para autogobernarse tomó tintes más oscuros debido a la creciente influencia de las ideas médico-fisiológicas, que hoy erdía llamaríamos francamente racistas. Sus promotores más visibles eran europeos, los franceses Joseph Arthu Gobineau y Gustave Le Bon (que de *bon* tenía poco) los ingleses Herbert Spencer, con su mala lectura d Darwin (que el mismo Darwin rechazó), y sir Francis Galton, fundador de la pseudociencia de la eugenesia. Ya en 1845, Sarmiento se había mostrado sensible a las ideas cuando se pregunta en *Facundo* si las razas que en ese momento habitaban la Argentina servirían para el gran proyecto civilizador que él tenía en mente: